

á la oracion, muy pobre para consigo, muy penitente y enemigo de regalos y particularidades, y en todo género de virtud muy ejemplar y tenido de todos por santo.» Hasta aquí el P. Manuel Ribero; y lo que dice este Padre del agua, el mismo siervo de Dios lo confesó al P. Provincial de las Filipinas, diciendo habia levantado los ojos al cielo pidiendo agua, y bajándolos la vió delante de sí.

Lo mismo puntualmente escribió el P. Andrés, Superior que fué de aquella casa y antiguo compañero del P. Lorenzo; y añadió que todo el tiempo que estuvo el siervo de Dios aguardando (á lo que se entiende con particular impulso ó revelacion de Dios) una galera que vino al socorro del presidio de Bachan, se vieron encima de un árbol que hacia sombra al santo Padre, dos pájaros, uno negro y otro blanco, sin apartarse el uno del otro, ni moverse de aquel lugar, hasta que al cabo de algunos dias llegó la galera, y el santo Padre se embarcó en ella, que entónces desaparecieron.

Estando el siervo de Dios muy contento con el fruto que sacaba de estas misiones, le quiso el Señor probar y tocarle en lo vivo, para que mostrase y descubriese los subidos quilates de su virtud y santidad, é ilustrase con su ejemplo las Filipinas en los últimos años de su vida.

Y fué el caso, que viniendo de nuevo por Superior del Maluco un Padre de la India, de conocida santidad, prudencia y letras, se le ordenó al P. Lorenzo se volviese á la India á descansar, porque ya habia gastado su edad en continuos trabajos; y aunque el siervo de Dios sentia muchísimo el apartarse de tantos hijos espirituales, que con tantos dolores y trabajos habia engendrado en Cristo por medio del santo Bautismo, sacándolos de las tinieblas oscuras de su gentilidad á la luz clarísima del Evangelio, y sustentádoslos tantos años, y criádoslos á los pechos de su doctrina con tanta perseverancia y continuacion: con todo eso quiso sacrificarse á sí por medio de la santa obediencia, y dejar con el cuerpo á los que llevaba atravesados en el corazon y alma, que se le partia de dolor por la partida y ausencia que hacia de ellos.

Por no haber comodidad de pasar á la India desde Maluco, se le ordenó viniese por Manila, que se consoló grandemente con su llegada.

Luego trataron todos se quedase allí, y así lo pidieron al P. Provincial, no sólo los capitanes y gente más granada, que por haberle tratado tanto en Maluco le amaban tiernamente como á su amorosísimo Padre, sino tambien el Arzobispo con todo el cabildo eclesiástico, y el gobernador con el cabildo secular.

Recibió gran pena el obediente Padre, por ver que se le ponía impedimento á la ejecucion de su obediencia; propuso todas las razones que el

amor de ella le dictaba, segun enseña nuestro P. S. Ignacio; mas, como aquel año (que fué el de mil y seiscientos y veinte y dos) estuviese el estrecho de Sincapura lleno de enemigos holandeses que le tenian tomado con sus naos, para que no hubiese paso á la India ni de allá se pudiese venir á las islas Filipinas; todos los Padres del colegio de Manila, unánimes y conformes, fueron de parecer, que debia el Padre detenerse, hasta que avisado el P. Provincial de Cochin ordenase lo que se debia de hacer.

Rindióse luego el siervo de Dios, como tan humilde, al parecer ajeno y órden del P. Provincial de las Filipinas.

Escribió á su Superior de la India lo que pasaba; pero juntamente le escribieron el Arzobispo y gobernador de Manila, pidiéndole encarecidamente consolase á toda aquella república con mandar al P. Lorenzo se quedase en ella.

La respuesta del P. Provincial fué remitírselo al Padre, para que se quedase ó volviese, como mejor le pareciese. Y aunque por ver el gusto con que todos los de las Filipinas deseaban se quedase, y considerar que de allí podia ayudar mejor á los despachos y negocios de Maluco, se inclinaba mucho á esta parte; con todo eso hacia contrapeso mayor el parecerle que la obediencia le habia mandado volver á la India por medio del Superior inmediato de Ternate, y que el P. Provincial de Cochin no le mandaba absolutamente se quedase, sino que se lo dejaba á su eleccion, y que así seria mayor perfeccion volverse á la India, aunque fuese con tanto peligro de caer en manos de holandeses, y apartarse más de sus queridos hijos los cristianos de Maluco.

Viendo su determinacion, le propusieron los Padres de Manila, que, supuesto que la obediencia le habia remitido este negocio á su voluntad, y el peligro de ser cautivo de los holandeses era moralmente evidente, por tener tomado el paso y ser la salud corta por sus continuos achaques y vejez, y su quedada de tan gran importancia para los negocios del Maluco; su Reverencia remitiese la determinacion al parecer del P. Rector de aquel colegio, que, con consulta de todos los Padres, le diria lo que les parecia ser de mayor gloria de nuestro Señor.

Vino en ello el humilde Padre, por no guiarse en cosa alguna por su parecer. El que se tomó fué que se quedase, y así se escribió al P. Provincial de Cochin y á nuestro P. General, y ambos lo aprobaron.

Con esto se quietó el perfecto obediente, viendo ser ésta la voluntad de nuestro Señor declarada por medio de la santa obediencia.

III

Sus ejemplares virtudes y santa muerte.

Esta es una breve suma de los caminos, navegaciones y misiones de este fervoroso Padre; ahora solamente apuntaré algunos ejemplos de sus heroicas virtudes, porque verdaderamente fué este siervo de Dios uno de los insignes varones que ha tenido nuestra Compañía, tan rico de merecimientos y gracias celestiales, cuanto queria ser pobre de bienes de la tierra; porque lo era por extremo, no sólo persuadiéndose que eran para él las cosas peores de casa, sino tomándolas con efecto, usando de vestidos muy viejos y remendados, rehusando los nuevos, no teniendo cosa alguna de valor y precio, sino las más desechadas y viles de toda la casa, amando á la santa pobreza como á madre, y continuamente sintiendo efectos de ella.

Fué un ángel en la castidad y pureza, no sólo en su persona, sino en la de los prójimos, procurando con grandísimo celo no fuese nuestro Señor ofendido en esta materia, estorbando con prudencia muchos pecados y ocasiones de ellos.

Quiso su divina Majestad declarar cuánto le agradaba este celo de su siervo, confirmando con un maravilloso caso la fama que habia, de que estaba dotado del don de profecía; porque solicitando un caballero, aunque casado, á una mujer casada, para que condescendiese con su mal intento, ella le resistia varonilmente, y como él perseverase y le hiciese gran fuerza, no tuvo otro remedio la casta señora, sino acudir al P. Lorenzo para que fuese ángel de guarda de su castidad. El Padre avisó en secreto varias veces al hombre, desistiese de su pretension; pero él, ciego con la pasion, continuó en su mal intento, y así el Padre le dijo un día en presencia de muchos capitanes: «Señor fulano, no procure quitar la honra á nadie, porque le castigará nuestro Señor en la misma moneda, quitándosela á V. M.» Notaron estas palabras del santo varon los capitanes, y no se pasaron muchos meses sin que se cumpliese la profecía con un suceso lastimoso y público que le sucedió á la mujer de este hombre; y así se tuvieron las palabras del siervo de Dios por profecía y revelacion del cielo.

El cual don declaró el Señor con otros casos, y en particular cuando el gobernador D. Juan de Silva quiso sitiarse la fuerza de Malayo, una de las principales que tienen los holandeses en Maluco, porque el Padre le dijo no la sitiase, porque si venia el holandés con seis naos, y le hallase en tierra ocupado con el sitio, no podia tener buen suceso aquella empresa. Respondió el

gobernador, ¿que adonde tenia el enemigo las seis naos? Replicó el Padre, que en Amboino. Y aunque no se tenia noticia de tales naos, con todo eso como el gobernador tenia tanta opinion de su santidad, le hizo gran fuerza lo que le decia, y no se atrevió á poner el cerco hasta saber del enemigo, y así envió á reconocerle á Amboino, y se halló ser verdad lo que el siervo de Dios habia dicho, de que el enemigo se hallaba con seis naos de armada en Amboino, y con ella viniera sin duda, si el gobernador hubiera puesto el cerco.

No fué menos obediente, como en parte hemos visto, con la ejecucion pronta y perfecta, nacida de una voluntad muy resignada y juicio muy rendido á la santa obediencia.

Parece que vivia de obediencia; pues ella le sacó de su patria á la India oriental, ella le hizo hacer tantos caminos y navegar tantos mares, y sufrir tantos trabajos como sufrió, y hasta la muerte mostró ser obediente, porque diciéndole el Superior un poco ántes que muriese: «P. Massonio, mire Vuestra Reverencia que, cuando se vea en la presencia de nuestro Señor en el cielo, nos ha de alcanzar á cada uno una particular merced de su divina Majestad,» y como no respondiese, así por su humildad, como porque habia algunos dias que apenas hablaba palabra por estar impedido de las flemas, y mucho más por estar todo ocupado en oracion mental con nuestro Señor, le preguntó el Padre: «¿No lo ha de hacer así? Vuestra Reverencia responda.» Entónces respondió con una sencillez columbina: «Claro está que sí, pues es obediencia.»

Lo que más admiraba á los de las Filipinas era ver un santo viejo acostumbrado á andar casi siempre en misiones, y á estar solo y á no vivir en comunidad, tan falto de salud y lleno de achaques y enfermedades, principalmente de gota y orina, que le afligian casi continuamente, cómo se acomodó luego á la observancia exactísima y puntual de las cosas de la comunidad, como si siempre hubiera vivido en un colegio muy observante y concertado.

Porque aunque el Padre fué un dechado consumado y un ejemplar perfectísimo de todas las virtudes religiosas, mas en lo que más se señaló fué en ser un perpétuo y exactísimo seguidor de la comunidad, sin querer exencion en cosa alguna.

Era el primero que acudia á todas las campanillas, como si fuera un fervoroso novicio; causaba gran edificacion verle salir á barrer, aún estando actualmente con los dolores de la gota é hijada, cayéndose por los tránsitos, y levantándose para sólo esto de la cama con peligro de su salud.

No consintió que se usase con él de particularidad alguna en la comida, vestidos y las demas cosas.

En todo seguía la comunidad con un teson y perseverancia tan grande, que á todos espantaba, alegando que, como no estaba acostumbrado á estos regalos, no los podía comer. Pero bien se reparó, que si en alguna fiesta se daban esas mismas cosas á la comunidad, las comía por no parecer particular, de suerte que la salsa que le sazónaba la comida y abría las ganas de comer, era no ser singular.

Para hacerle que en sus últimos años, que estaba ya en la cama sin poderse menear, admitiese algun regalo, fué necesario que el Superior se lo mandase, y él sólo por obedecer lo admitió, aunque se afligia harto de verse regalar.

Causaba devocion, no sólo á los de casa, sino tambien á los seglares, el verle en los actos públicos, blanco como una paloma, con un rostro de un ángel, arrastrando los pies, tan encorvado que casi juntaba la cabeza con el pecho, seguir á los demas; y muchos venían á ver esto por el consuelo que recibían de sólo su venerable presencia.

Reparó en particular en esto el Arzobispo de Manila D. Fr. Miguel García Serrano, que tuvo gran estima y concepto de su santidad, y viniendo algunas veces á nuestro colegio, saliéndole el Padre á recibir con los demas Padres, arrodillándose para besarle la mano, él no se la daba, sino ántes inclinándose le besaba la corona.

Cuando no podía el siervo de Dios acudir á estos actos públicos de entierros y otras cosas por no poder bajar las escaleras, se iba al coro y desde allí asistía.

Cuando estaba enfermo en la cama, que le echaban ménos los demas Padres en semejantes actos, con sólo acordarse que estaba en casa los consolaba, y despertaba á servir á nuestro Señor con fervor, y á la perfecta observancia de las reglas.

Acompañaba esta vida comun, por las circunstancias dichas tan particular en el siervo de Dios, el ejercicio continuo de las virtudes sólidas y perfectas: porque su humildad fué profundísima; y así le podemos llamar hombre verdaderamente humilde, que lo supo ser en todas las cosas sin afectacion, sino ántes con una simplicidad y verdad maravillosa.

Teníase por el menor de todos; y así cuando algunos (que eran muchos) le pedían los encomendase á nuestro Señor, él respondía: «Vuestra Reverencia lo haga por mí, que soy el que lo hé menester.» Si alguno con confianza le significaba que se holgára tener tan seguro el partido de su salvacion como él le tenía, respondía: «Dios le libre de tal cosa, ántes yo me holgára que el mio estuviese tan seguro como el suyo.»

Nunca se le oyó palabra ni hizo accion que de mil leguas oliese á sober-

bia, propia estima ó alabanza, ántes en todas sus acciones resplandecía esta virtud de la humildad, poniéndose siempre en el último lugar, dando en todo ventaja á todos, llegándole al alma el verse alabar y estimar, y le afligia en extremo, que le tuviesen por santo, porque se tenía por el mayor pecador del mundo.

Su continuo ejercicio era llorar sus pecados, viviendo siempre temeroso, con recelo si había hecho frutos dignos de penitencia de su vida pasada del siglo. Y así estando para morir, diciéndole su Superior que iba á decir Misa por él, que á qué intencion la quería, respondió, que para alcanzarle dolor verdadero y contricion de sus pecados.

Pero para mayor demostracion de su humildad, quiso el Señor probarle más en aqueste trance y acrecentarle los merecimientos, enviándole una sequedad muy grande de espíritu, con temores y pensamientos si estaba predestinado ó no, que le afligieron mucho; y así pidió al Superior mandase á los nuestros hacer oracion por él; pero presto le consoló nuestro Señor, porque el día siguiente dijo se hallaba muy consolado, por haberse desecho aquella nube espesa de temores y sobresaltos de su salvacion, hallándose muy confiado de la misericordia divina.

Toda su vida fué un continuo ejercicio de paciencia y conformidad con la voluntad del Señor; pero en su muerte dió más ilustres ejemplos de estas virtudes, porque su divina Majestad le fué labrando muy despacio y á machamartillo, con continuos y muy intensos dolores de mal de orina, piedra y gota, que le tenían tendido en la cama, sin poderse menear de un lado á otro ni poder ejercitar accion por sí mismo. Comía y bebía por mano ajena, y lo que más sentía era el verse obligado á no usar de sus propias manos en algunas acciones que no podía excusar; pero todo lo sufría con increíble paciencia y resignacion en las manos del Señor, sin decir la menor palabra de sentimiento.

Cuando le preguntaban ¿cómo estaba? respondía con gracia: «Gracias á nuestro Señor, malo.»

Afligióle mucho la tos y reumas que le ahogaban, y no le dejaban dormir de día ni de noche; y así era necesario que le velasen dos ó tres personas continuamente porque no se ahogase. Y siéndole algun alivio de la tos la quietud del cuerpo, nuestro Señor le envió un dolor en todo él con una inquietud tan grande, que no podía estar en un lugar quieto sino breve tiempo, sin que pidiese le volviesen del otro lado, lo cual le causaba extraordinario tormento y martirio.

De estar acostado tanto tiempo de espaldas, se le hizo una llaga tan grande, como se echó de ver despues de su muerte, que á todos admiró cómo la

había podido sufrir; pero la caridad que sufre todas las cosas, fué poderosa en este siervo de nuestro Señor para padecer todos estos martirios, conformándose en cuerpo y alma con Cristo crucificado.

Donde más descubrió su rara paciencia y perfecta conformidad con la voluntad divina, fué en el verse privado del consuelo que recibía de decir Misa cada día, con notable devoción y exacción en las ceremonias: porque, aunque se esforzó á decirlo mucho tiempo, aún con grandes enfermedades y dolores, al cabo le apretaron de manera que le imposibilitaron á poderla decir; y aunque lo sintió en extremo, pero se le templó este sentimiento con oírlo cada día y comulgar en ella, como lo hacía yendo mucho tiempo por su pié, aunque con trabajo, y despues haciéndose llevar en una silla á la capilla. Mas como las enfermedades y dolores pasasen adelante, le fué forzoso carecer de este consuelo: esto sentía más que las enfermedades y dolores; pero recompensaba esta falta con la continua oración que procuraba tener dentro de su aposento y acostado en la cama.

Todas sus quejas eran el dolerse que por más que procuraba prevenir los puntos de la oración de parte de noche, por la mañana no se acordaba de ellos, por la falta de memoria.

Su oración fué siempre por los ejercicios de nuestro P. S. Ignacio, guardando puntualísimamente las adiciones, aún en su mayor vejez, como si fuera novicio y no tuviese experiencia de las cosas espirituales, con ser así que una de las virtudes que más resplandecieron en él fué la devoción y trato de unión interior con Dios nuestro Señor, teniendo una perseverancia notable en todos sus ejercicios espirituales, no sólo los de regla, sino otros muchos que tenía de devoción, sin faltar á ninguno.

Todo el tiempo que pudo, aunque fuese con notable trabajo y fatiga, tuvo oración y exámenes de rodillas: el rezo de obligación lo decía á sus tiempos, con gran pausa y en lugar quieto: y, aunque estaba bastantemente excusado, por faltarle en gran parte la vista y con continuas enfermedades; con todo eso le rezaba, buscando un poco de luz en la ventana de su aposento, y ayudándose de lo que sabía de memoria.

Mas como esto le ocupase gran parte del día y le hiciese mucho daño á su salud, el Superior, con consulta de los Padres, le mandó que no rezase, y el Padre obedeció, aunque procuraba suplir con estarse rezando el rosario y corona de nuestra Señora muchas veces, y con sus continuas oraciones y devociones de varias letanías é indulgencias que tenía de memoria.

Ni es de maravillar hiciese esto en la vejez, cuando no tenía otra ocupación; pues estando bueno, todo el tiempo que le sobraba de los ministerios con los prójimos y algunos ratos de estudio, lo gastaba en oración. Las per-

sonas que le acompañaban en las conquistas que anduvo, se maravillaban de que lo más de la noche lo pasase rezando y orando.

Con este ejercicio continuo de oración, hermanó el de la mortificación de sus pasiones, las cuales tenía tan rendidas y sujetas á la razón, que más parecían muertas que mortificadas; y el santo varón gozaba de una maravillosa paz interior, semejante á la del estado de la justicia original, aunque no por esto aflojó un punto en las penitencias exteriores.

Tomaba cada día disciplina que duraba largo tiempo; traía de ordinario cilicios muy ásperos, ayunaba muchos días y ejercitaba otras obras de aspe- reza y mortificación; y en la vejez, por estar tan enfermo y acabado, para que no se martirizase más, le escondían las disciplinas y cilicios; mas el penitente Padre luego buscaba otras. Y como no le aprovechase nada esta diligencia, se quejaba amorosamente, diciendo, que por qué le hurtaban sus disciplinas y cilicios, que le costaba gran trabajo el buscar otras de nuevo. Y así con verdad se puede decir, que toda su vida fué una continua mortificación interior y exterior en todas las cosas posibles.

Huía del ocio como del origen de todos los males, y así no perdía tiempo, empleándole fructuosamente en la oración y trato de los prójimos, y algunos ratos en el estudio, á que fué siempre muy aficionado, particularmente al de materias morales; y así alcanzó gran caudal de ciencia y práctica en estas materias, y por esto su parecer fué siempre muy estimado de teólogos y juristas, porque en una y otra facultad fué muy perito.

Finalmente, con el ejercicio continuo de todas las virtudes, vino á alcanzar la reina de todas ellas que es la caridad, amando tiernísimamente á su Dios y Señor, regalándose con él como con su amorosísimo Padre, procurando siempre, como verdadero hijo de la Compañía, su mayor honra y gloria, y por este fin ocupándose en la conversión de las almas; y así fué un perpétuo é incansable operario. Su asistencia en el confesionario fué rara, confesando á todo género de gente, y de mejor gana á los negros é indios; y como todos conocían esta caridad y ardiente celo del santo varón, acudían desalados á él, y despues de haberse estado todo el día en el confesionario, principalmente las fiestas grandes y jubileos, cuando subía á su aposento, hallaba á los nuestros que le estaban aguardando, por el gran consuelo que sentían sus almas de confesarse con el siervo de Dios.

Viendo los Superiores, en los últimos años de su vida, el gran daño que le hacía esta continua asistencia de confesar, le fueron á la mano; mas él alegó tantas razones y se afligió de suerte, que hubo de sacar licencia para confesar tantas horas á la mañana y tantas á la tarde, que eran bastante ocupación de un confesor mozo y fervoroso.

Causaba gran ternura el verle bajar al confesonario casi ciego, arrastrando los pies y cayéndose por las escaleras y claustro.

Cuando no pudo más, confesaba á los nuestros, y aunque estaba en la cama y muy afligido de dolores, no queria confesar en ella á nadie, sino que le habian de levantar de ella á una silla casi en brazos, y allí los habia de confesar por el respeto que tenia á este Santo Sacramento.

El amor á los indios, tan propio de un ministro apostólico, fué en él más tierno que el de madre para con su único hijo; cuidando no solamente de sus almas, sino también del remedio de sus cuerpos, procurando no fuesen agraviados, y por esta causa padeció muchos trabajos; y con ser de suyo mansísimo se mostraba un leon contra los que los agraviaban; pero con tal moderacion y prudencia, que ninguno se atrevió á perderle el respeto, ántes muchos se enmendaron, y otros no osaban darle disgusto.

Por este camino estorbó muchas vejaciones y agravios de este género.

Seria nunca acabar el querer proseguir otros muchos y raros ejemplos de su vida y heróicas virtudes: y así concluyo con decir que, si se perdieran las constituciones y reglas de la Compañía, se hallaran todas en su santa vida y acciones, y nunca le vieron quebrantar regla alguna.

Siendo tal su vida, no es maravilla que fuese perseguido del demonio casi por toda ella, apareciéndosele muchas veces corporalmente, y haciéndole mil vejaciones, de que dieron testimonio el P. Juan Bautista, Visitador del Maluco y un Hermano muy siervo de Dios, llamado el H. Pablo, y otras muchas personas.

Hasta en Manila aconteció que, viviendo un Padre junto á su aposento, y acudiéndole cuando le apretaba la tos; oyéndole quejar una noche, se levantó de la cama y tocó á la puerta del aposento del siervo de Dios tres ó cuatro veces, y como no le respondiese, entró de hecho, y preguntándole la causa de no haber respondido, dijo, que entendió que el que llamaba á aquellas horas era el demonio. Con esto se confirmó este Padre en que era verdad la fama comun, de que el enemigo le perseguia visiblemente.

A esta santa vida se siguió una preciosa muerte, para la cual se habia preparado tantos años, y en particular los últimos en que se confesaba cada día dos veces, una por la mañana y otra por la tarde.

Recibió con extraordinaria devocion los Santos Sacramentos, en especial el Santísimo de la Eucaristía, y respondiendo como podia al de la Extramaucion, sin perder jamás su entero juicio: y diciéndole se encomendase á nuestra Señora, respondió: «Siempre la he pedido me ayude en esta hora,» y esto pedía en ella siempre; no parece se le caía de la boca y corazon: *María Mater gratiae, Mater misericordiae, tu nos ab hoste protege, et hora mortis suscipe.*

Con estas dulces palabras y con el dulcísimo nombre de Jesus, entregó en sus benditas manos su alma y espíritu, que para tanta gloria suya y bien de muchos habia criado, partiéndose á gozar del premio tan debido á sus gloriosos trabajos.

Fué enterrado con gran sentimiento de los nuestros y de los de fuera, que venian á venerarle como á santo, y le besaban los pies y manos, y pedian con gran instancia alguna reliquia de sus vestidos y pobres alhajas, encomendándose á él como á gran siervo de Dios, esperando por su intercesion el remedio de sus necesidades.

Su muerte fué á nueve de julio de mil y seiscientos y treinta y uno, teniendo ya setenta y cinco años, de los cuales vivió en la Compañía los cuarenta y nueve.

Su vida está escrita en las *Anuas* de las Filipinas, de donde la sacó Filippo Alegambe, en su *Biblioteca*, que dilatadamente escribe de este siervo de Dios.

P. NIEREMBERG.

P. FRANCISCO DE ENCINAS

EL P. Francisco de Encinas fué español de nacion, y natural de la ciudad de Ávila.

Parece que bebió con la leche la santidad; afianzó esta desde sus primeros años con la devocion á la Santísima Virgen, que fué tan grande, que aún en aquella edad era llamado el devoto de la Virgen: creció en esta devocion con grandes aumentos despues que fué de la Compañía, en que entró en Ávila.

Usaba, para mostrar este amor, de todos los medios piadosos que hallaba escritos. Ayunaba todos los sábados y las vigalias de sus festividades á pan y agua; para su culto hacia muchas novenas que celebraba con mucha abstinencia, prolija oracion y grande penitencia; pasaba muchas noches sin dormir, en fervorosa oracion delante de su altar; y para venerar con más exactacion sus fiestas, interrumpia el teson del estudio, por meditar más atentamente sus misterios, é inflamado con este incendio, movia á los demas al mismo amor.